

## ESPACIO, TIEMPO Y SOSTENIBILIDAD

### 1

Es claro que, si hablamos de sostenibilidad, vamos a tener que interrogarnos sobre cómo usamos la materia y la energía; sobre el metabolismo de los sistemas humanos; sobre el estado de los ecosistemas; sobre los cambios globales en la biosfera...

Pero quizá vamos también a tener que plantearnos otras preguntas que no solemos asociar a la cuestión de la sostenibilidad. Modular de otra manera valores básicos, y dimensiones fundamentales de la existencia humana.

Por ejemplo: la sostenibilidad tiene que ver, de forma muy estrecha, con el tiempo y el espacio.

Si globalización –bajo el imperio del gran capital-- significa aceleración e instantaneidad, sostenibilidad implica lentitud y respeto por los ritmos naturales. Si globalización significa desterritorialización, sostenibilidad implica recentramiento sobre el territorio. Globalización capitalista y sostenibilidad se asocian con culturas del tiempo y del espacio que son francamente antagónicas.

He desarrollado estas ideas con más detalle en *Gente que no quiere viajar a Marte*, un libro que publiqué en 2004. Voy ahora a exponerlas brevemente.

### 2

Las sociedades industriales se han desarrollado, en los últimos cuatro o cinco siglos, merced a un *doble asalto al tiempo y al espacio*. Cabe mostrarlo del siguiente modo:

1. En nuestro planeta, como se ha señalado, en repetidas ocasiones, coexisten pueblos que viven de su ecosistema frente a pueblos que explotan la biosfera entera<sup>1</sup> (*asalto al espacio*, asalto a los recursos naturales distribuidos territorialmente, a los ecosistemas fijados en el territorio). Frente a los “autocontenidos” pueblos “tradicionales” que viven de los recursos de un ecosistema o biorregión, las actividades productivas de una zona industrial “desarrollada” dejan de basarse en los recursos del propio territorio, abarcando como sabemos una “huella ecológica” cada vez más amplia y gravosa.
2. Cabe también distinguir entre pueblos que viven de los flujos de recursos renovables y pueblos que viven sobre todo de las reservas o *stocks* de recursos fósiles y minerales (*asalto al tiempo*), vale decir, de los depósitos de materia-energía de baja entropía concentrados por el juego de los agentes biológicos y geoquímicos a lo largo de millones de años. Resulta obvio que en nuestro mundo los primeros se identifican con las culturas agrarias tradicionales, y los segundos con las naciones industrializadas.

Brutal choque temporal: en 2003, el biólogo Jeffrey Dukes calculó que los combustibles fósiles que quemamos en un año estaban formados por materia orgánica "que contenía 44 x 10 elevado a 18 gramos de carbono, lo cual es más de 400 veces la productividad primaria neta de la biota actual del planeta".

Para decirlo claramente, eso significa que *cada año utilizamos el equivalente a cuatro siglos de plantas y animales*.

(Sólo este calculo evidencia que la idea de que podemos simplemente reemplazar la herencia fósil--y la extraordinaria densidad energética que nos da-- por energía de la biomasa, constituye un enorme autoengaño.)

Otro cálculo sobre combustibles fósiles: pensemos que *grosso modo* hicieron falta trescientos millones de años para capturar el carbono atmosférico que quedó depositado en los combustibles fósiles como el

---

<sup>1</sup> Como se señala en el capítulo “Un *apartheid* planetario” de la segunda edición de *Un mundo vulnerable*, hace años, Raymond F. Dasmann apuntó una distinción importante (que luego han retomado diversos autores). En el mundo coexisten *pueblos de dos tipos: los que viven de los recursos de su ecosistema, y los que vivimos de los recursos de toda la biosfera*. Las culturas ecosistémicas dependen para vivir de los recursos de una biorregión, una cuenca fluvial, unos pocos ecosistemas. Localizadas de este modo, tienen un fuerte interés en proteger su base de recursos, y en desarrollarse en términos de lo que hoy llamamos *sustentabilidad*. En cambio, las culturas biosféricas que se han desarrollado de forma incipiente con los primeros Estados centralizados, y de manera más plena a partir del siglo XVI, con la explotación imperialista del resto del mundo por parte de Europa, acopian los recursos de su propio territorio y también de ecosistemas lejanos; pueden desarrollar pautas de “usar y tirar” con respecto a los recursos naturales, convencidas de que, una vez exprimida una zona, se podrá comenzar a “desarrollar” la siguiente.

carbón, el petróleo o el gas natural; mientras que las sociedades industriales apenas están empleando trescientos años para devolverlo a la atmósfera, quemando los combustibles fósiles para obtener energía. *Se trata de un proceso un millón de veces más rápido*: un forzamiento brutal de los tiempos de la biosfera. Quizá no haya que sorprenderse, por tanto, de que desemboque en un cambio climático potencialmente catastrófico...

Brutal choque espacio-temporal. Por una parte, la vida es un fenómeno localizado: los ecosistemas no se desplazan (apenas). Por otra parte, la larga duración, y los ritmos cíclicos, que caracterizan al “tiempo ecológico” se oponen al corto plazo en el que se desarrolla la vida político-social, por no hablar del carácter instantáneo del tiempo comercial en la era de la telemática. Y los tiempos y ritmos biológicos no pueden forzarse sin gravísimas consecuencias (he dedicado a ello todo un capítulo de *Gente que no quiere viajar a Marte*).

### 3

Resulta justificado, por consiguiente, hablar del *doble asalto (contra el tiempo y el espacio)*. Desde la perspectiva de un budista tailandés que reflexiona sobre los contrasentidos del desarrollo capitalista, la cosa se ve de la siguiente forma:

“No se trata sólo de que el desarrollo materialista fomente la violencia, sino que también destruye los valores del tiempo y el espacio. Para una civilización materialista, el tiempo sólo significa aquello que puede medir un reloj en términos de jornada laboral, horas de trabajo, minutos de trabajo. El espacio tiene sencillamente tres dimensiones que se llenan con objetos materiales. Por eso es por lo que Buddhadasa Bhikku, un destacado monje tailandés, dice que el desarrollo significa confusión, porque da por sentado que cuanto más mejor, que cuanto más larga la vida mejor, sin pensar siquiera en comparar el valor real de una larga vida malvada frente a una buena vida corta. Eso es contrario a las enseñanzas de Buda, quien dijo que la vida de una buena persona, por breve que resulte, es más valiosa que la de un malvado, por muy larga que sea ésta. De forma que si promovemos la idea de un desarrollo budista, tenemos que buscar una buena vida en lugar de un alto nivel de vida.”<sup>2</sup>

Buscar una buena vida en lugar de un alto nivel de vida: eso exige cambiar las preguntas, y también cambiar las respuestas. ¿Tiene esto algo que ver con las inquietudes ecologistas sobre la sustentabilidad? Avanzar hacia semejante meta exige *recentrarnos en el espacio y en el tiempo*: la sustentabilidad es en cierto modo un proyecto de sociedad que propone

---

<sup>2</sup> Sulak Sivaraksa: “Buddhist development”, *Resurgence* 184, septiembre-octubre de 1997; trad. de J.R.

volver al “aquí y ahora” (eso sí, *con la mirada puesta en el “allá lejos”* espacio-temporal, puesto que hablar de sustentabilidad es hablar del largo plazo)<sup>3</sup>.

Si no sabemos reconocer el carácter excepcional e irrepetible del tramo de historia humana que han vivido las sociedades industriales en los últimos tres o cuatro siglos, entonces estamos obligados a intentar repetir el doble asalto en una dimensión nueva: el salto al cosmos y al “más allá de lo humano”. De nuevo, se trata de una brutal embestida contra los límites espacio-temporales: explotación minera de todo el sistema solar, sueño de la inmortalidad humana...

El desenlace más probable de tal empeño, a mi entender, es una catástrofe ecológica combinada con un desastre antropológico, lo que conduciría a una enorme regresión civilizatoria (quizá, incluso, al final de la especie humana); pero los “globalizadores” y “tecnoentusiastas” que hoy por hoy guían el curso del mundo sin duda esperan otra cosa –al menos para las minorías selectas<sup>4</sup>.

En esta coyuntura histórica, una tarea de enorme importancia para la ciencia, la cultura y las artes es *enseñar a vivir en lo próximo*. Revalorizar el microcosmos, hacerlo hermoso y digno y habitable, sin por ello descuidar las conexiones con el macrocosmos.

## 4

La Revolución Industrial hoy extremada en globalización capitalista, que es una singularidad histórica, un “estado de excepción” en términos históricos, *tiene efectos intrínsecos sobre el espacio y el tiempo*: efectos de desterritorialización y aceleración.

Está por ver si estos dos rasgos, desterritorialización y aceleración, propios de un “estado de excepción” histórico como el que hemos vivido en los siglos XIX y XX, se prolongan –extremándose– en el salto al cosmos, o si somos capaces de encauzar la marcha hoy enloquecida de estas sociedades hacia modelos de sustentabilidad: lo que he llamado el proyecto de autolimitación. Pocas dudas caben de que esto implicaría, en

---

<sup>3</sup> Esta propuesta no queda lejos de lo que en el plano poético he desarrollado, estos últimos años, bajo la idea del *ahí*. Véase Jorge Riechmann, *Ahí te quiero ver*, en prensa.

<sup>4</sup> Véase al respecto Susan George, *El informe Lugano*, Icaria, Barcelona 2001.

lo que se refiere al tiempo y el espacio, *ralentización y recentramiento sobre el territorio*.

Si globalización significa aceleración e instantaneidad, sostenibilidad implica lentitud y respeto por los ritmos naturales.

Si globalización significa desterritorialización, sostenibilidad implica recuperación del territorio.

*Sostenible* es un adjetivo que me gusta dejar cerca de *habitable*.

Sistemas humanos sostenibles, porque queremos un mundo habitable. Para todos y todas. Para humanos y no humanos.

[Lo que ustedes llaman sus recursos naturales, nosotros lo llamamos nuestros amigos, decía el bueno de Oren Lyons, chamán de la tribu de los Onondaga.<sup>5</sup>]

---

<sup>5</sup> Citado en Michael Braungart y William McDonough, *Cradle to cradle (de la cuna a la cuna)*, McGraw Hill, Madrid 2005.